

Hallándose un dia con el cardenal de Tencin, le dijo este ministro: ¿por qué no arriesga V. A. á pasar en cualquier buque al norte de Escocia? Vuestra presencia sola podria formar un partido y una escuadra; entonces toda Francia volaria á socorreros. Bastó este atrevido consejo para determinar al Príncipe, quien no quiso confiar su designio mas que á siete oficiales irlandeses y escoceses resueltos á seguir su suerte. Dirigióse uno de ellos á un negociante irlandés refugiado en Nantes, que tenia una fragata de diez y ocho cañones, en la que se hizo á la vela el Príncipe desde el puerto de Belle-Isle, no llevando para la expedicion en que se trataba del trono de la Gran-Bretaña, mas que aquellos siete oficiales con una porcion insignificante de armas y dinero. Salió al mismo tiempo de Brest la real Isabel de sesenta y cuatro cañones con seiscientos hombres armados en corso, y fue á unirse y á escoltar la fragata expedicionaria. En la travesía fueron asaltados por tres navíos ingleses; pero mientras que la real Isabel se defendia con extraordinario valor y entretenia á los enemigos, se largó la fragata del Príncipe, y logró por último aportar á la pequeña isla de Mull, distante una legua de la costa occidental del norte de Escocia, de donde pasó á desembarcar con su séquito en la plaza de Lochabyr.

Apenas se dió á conocer por hijo del *Pretendiente*, echáronse á los pies aquellos buenos escoceses exclamando entre lágrimas: „¿qué podemos nosotros hacer? No tenemos armas, somos pobres, nos sustentamos con solo pan de avena, y cultivamos una tierra ingrata. Yo cultivaré esta misma tierra con vosotros, les respondió

el Príncipe, yo comeré ese mismo pan, yo participaré de vuestra misma pobreza; mas entretanto aquí os traigo armas.” Fácil es inferir cuánto enternecerian estos sentimientos y palabras los ánimos de aquellos habitantes. Los oficiales del Príncipe se esparcieron por las tribus de la montaña distribuyendo armas y dinero; y aun no llegaba á trescientos el número de los que se alistaron en su servicio, cuando un oficial enarboló sobre un monte el estandarte real de los Stuardos. Mandó entonces el Príncipe al capitan de su fragata que regresase á Francia para dar noticia de su desembarco á Luis XV y á Felipe V. Escribiósele en consecuencia estos dos Soberanos dándole el título de hermano, no porque le reconociesen solemnemente por heredero de la Gran-Bretaña, sino en atencion á su nacimiento y á su valor. Al contrario en Londres, luego que se tuvo la noticia de estos sucesos, se puso precio á la cabeza del Príncipe Stuardo. El consejo de regencia que gobernaba entonces por hallarse Jorge II en su electorado de Hanover, publicó un decreto ofreciendo treinta mil libras esterlinas al que presentase vivo á Carlos Eduardo, y aplicando de este modo al hijo el acta del parlamento dispuesta contra su padre Jacobo III, por cuya cabeza se habia propuesto el premio de ochenta mil libras esterlinas.

70. Empero léjos de atemorizar este procedimiento de la corte al jóven Stuardo, sirvió solamente á escitar su valor y á enseñarle á tomar con mas prudente cautela todas sus medidas. Viendo el buen principio que tenia su empresa y sabedor del decreto dado en Londres contra su persona, publicó su manifiesto dirigido á atraerse

de horror al ejército de Copé y al mismo general; ni uno solo se atrevió á hacer frente á los montañeses; pero al quererse retirar por el paso que habia observado antes el Príncipe, fueron envueltos por el pequeño cuerpo que lo custodiaba. Todo cayó entonces en poder del vencedor, cuya pérdida no llegó á setenta hombres, dejando los enemigos mas de ochocientos muertos en el campo de batalla. Lo único que embarazó al Príncipe Eduardo en esta victoria fue el número de los prisioneros que igualaba al de sus soldados, de suerte que no teniendo donde custodiarlos, les dejó libres bajo su palabra de honor de no volver á tomar las armas en un año. Retuvo solamente á los heridos para atender á su curacion, rasgo de magnanimidad que debia atraerle nuevos secuaces. En efecto, habiendo regresado á Edimburgo, vió aumentarse en pocos dias considerablemente su ejército, y tomar nuevo aspecto todos sus negocios. Reunió una corte numerosa con sus oficiales y secretarios de estado; puso un orden admirable y fijo en todos los ramos del gobierno; recibió grandes sumas de dinero de diferentes puntos de Escocia, y concluyó un tratado con el comandante del castillo por el que se obligaba éste á observar la mas estricta neutralidad en cualquier evento.

73. Nada prueba mejor los celos y temores de un gobierno que el exceso de las medidas que toma para su defensa ó precaucion. No pareció bastante á la corte de Londres reunir ejércitos y escuadrones, alistar nuevas milicias y poner en movimiento todas las fuerzas de la Gran-Bretaña para contener los progresos del Príncipe Eduardo y de su partido. Jorge II, que habia regresado

ya de Hanover, representó al parlamento y á la nacion que la empresa del Pretendiente católico y de su primogénito, segundada por un gran número de traidores y apoyada por las potencias enemigas, no tenia otro objeto que destruir la religion anglicana y la libertad del país, é introducir la arbitrariedad y el papismo. El mismo lenguaje usaron ambas cámaras en sus memorias presentadas al Rey, afirmando que la nacion estaba resuelta á conservar el edificio cimentado en la gran mutacion que efectuó su libertador Guillermo III, cuya conservacion dependia de la permanencia en el trono de los Príncipes protestantes. Sin embargo, Carlos Eduardo no cesaba de repetir en todos sus decretos que respetaria la religion y las leyes del país, y que los anglicanos y presbiterianos no tendrian que temer de él, aunque católico, mas que del luterano Jorge de Hanover. En prueba de ello los sacerdotes que el Príncipe tenia en su corte no llamaban la atencion sino por sus virtudes y por la moderacion que guardaban con los protestantes, á quienes ni aun se obligaba á nombrar al Príncipe en las públicas oraciones, contentándose éste con que rogasen en general por el Rey y por la real familia sin designar personas. Al contrario el gabinete de Londres forzó á los sacerdotes católicos á salir de la capital, prometiendo cien libras esterlinas á quien descubriese alguno dentro de la ciudad, ó á diez millas en rededor, y lo entregase á la justicia. Mas no eran los católicos á quienes se temia, no llegando á componer una centésima parte del pueblo inglés: lo que aterraba á los protestantes era el valor del Príncipe Eduardo y la intrepidez de su

egército vencedor animado por sucesos imprevistos y aun inesperados. No obstante el decreto contra los católicos se llevó á efecto con todo rigor, y dió lugar á graves discusiones entre el ministerio británico y los embajadores de los Príncipes católicos. Porque aunque la orden de destierro esceptuaba espresamente á los eclesiásticos *extrangeros* empleados en las legaciones católicas, observaron sin embargo los embajadores que aquella esceptuacion, léjos de salvar su carácter é inviolabilidad, les perjudicaba en gran manera sometiendo á la ley á sus capellanes que eran cuasi todos naturales de Inglaterra. Dirigieron, pues, una nota al secretario de estado en forma de protesta contra la palabra *extrangeros* de que usaba el decreto, alegando que el número de sacerdotes *extrangeros* que se hallaban en Londres, no era, ni jamás habia sido, suficiente á llenar sus capillas, por cuya razon se habia introducido desde tiempo inmemorial el uso de servirse las embajadas de sacerdotes ingleses, dispensándose ordinariamente los embajadores de llevar consigo sacerdotes de sus respectivas naciones. Por donde exigian que se borrara del decreto la palabra *extrangeros* como atentoria á sus prerogativas y carácter, y que se espresasen en la esceptuacion de la ley todos los eclesiásticos unidos á las legaciones, conforme al derecho de gentes reconocido en este punto por una acta del parlamento inglés sancionada por la Reina Ana. Léjos de conformarse el gobierno británico con la solicitud de los embajadores, mandó apresar á un cierto Francisco Monfort, capellan del ministro de Portugal, y á Santiago Hamilton, capellan del ministro de Venecia, acusados

de perturbar la pública tranquilidad, lo que dió motivo á nuevas y mas fuertes quejas de los embajadores católicos, que hubieran tal vez terminado en un abierto rompimiento á no haberse cambiado la situacion de Inglaterra.

74. Entretanto el Príncipe Carlos Eduardo, despues de la ocupacion de Edimburgo y de la victoria de Preston-plans, y de haber aumentado sus tropas y pertrechos de guerra, ya con los voluntarios alistamientos y donativos de los escoceses, ya con los refuerzos que habia recibido de Francia, determinó pasar de Escocia á Inglaterra. Mandó, pues, levantar su campo, y sin dejar ninguna guarnicion en las plazas conquistadas ni retaguardia alguna para su seguridad, se encaminó con todo su egército, compuesto de unos doce mil hombres, hácia las fronteras sin encontrar el menor obstáculo. Habiendo llegado al Tweed, que separa la Escocia de la Inglaterra, lo pasó sin resistencia, y entró en el ducado de Cumberland, donde se apoderó de la ciudad y castillo de Carlile. De Cumberland marchó á Wertmorcland y se apoderó de Kamdal sin hallar tampoco oposicion, porque el general Wade, que se habia puesto en movimiento para socorrer á Carlile, luego que supo la toma de esta ciudad, regresó á su campo de Newcastle. Recorriendo Carlos Eduardo estas primeras provincias de Inglaterra como conquistador, publicó así en Carlile, como en Kamdal y en Lancaster, un nuevo manifiesto declarándose Príncipe de Gales y regente de los reinos á nombre de su padre. Este manifiesto, no menos interesante que el que habia publicado el Príncipe á su entrada

en Escocia, se reduce á dar á los ingleses las mayores seguridades acerca de las intenciones benéficas de su padre, que eran las suyas propias, con respecto á la libertad civil y religiosa de todos los súbditos de la Gran-Bretaña. Declara luego que eran de todo punto falsas las acriminaciones publicadas contra su familia por el gobierno actual; que debian juzgar vanos é ilusorios los temores que se les procuraban infundir con relacion á las miras de Francia y España; y se lamenta de los engaños que por tanto tiempo les han hecho padecer sus dominadores. Promete en fin en nombre de su padre, y en el suyo como heredero de la corona, proteger todas las religiones permitidas por la ley; abolir el decreto de union de Escocia é Inglaterra, de que ambos reinos se quejaban, y conceder á todos indistintamente el perdón de lo pasado y una amnistía general.

75. Siguiendo Cárlos Eduardo su marcha por las provincias de Cheshire y Derbshire, supo que el duque de Cumberland habia recibido á su regreso de Flandes la órden del Rey su padre de comandar el egército reunido en dichas provincias. Las milicias inglesas habian recuperado en este intermedio la capital de Escocia y avanzado hácia Lancaster. Escaseaban los víveres al Príncipe habiéndosele cortado la comunicacion con los pueblos del norte, de lo que resultaba debilitarse cada día su egército, careciendo de los medios de pagar y alimentar sus tropas. Contaba aun sin embargo cerca de ocho mil hombres, con los que determinó atacar á sus enemigos que, en número de diez y seis mil, se hallaban en Talkirk en la provincia de Sterling. Dióse en efecto

la batalla, observando en ella los secuaces la misma táctica que en la jornada de Preston-plans. Su impetuosidad, segundada por una violenta lluvia que daba en la cara á los enemigos, introdujo el desórden en el egército inglés, de suerte que, desbaratado por todas partes, emprendió una fuga precipitada. Siguiéronle al alcance los escoceses con tanto ardor, que no bastaron los gritos de los generales ni la voz del mismo Príncipe á contenerlos. Dueño ya del campo de batalla y recogidos otra vez los suyos, determinó Cárlos atacar de nuevo al enemigo en sus trincheras, á pesar de la lluvia y del viento cuya violencia se aumentaba por instantes. Puesto al frente de sus montañeses, asalta con espada en mano las trincheras enemigas, penetra hasta lo interior del campo, esparce por dó quiera el terror y la confusion, y las tropas inglesas, batidas dos veces en un solo dia, se retiran á todo correr á Edimburgo.

76. Si bien estas dos victorias aumentaban la gloria del Príncipe, no proporcionaron sin embargo ninguna sólida ventaja á su empresa. Constituido con su pequeño egército en un país cercado de enemigos, en un invierno el mas riguroso, sin mas recursos que los que podia recibir del extranjero, en lo que le era preciso tener ocupada una parte de su gente, determinó retirarse al condado de Inverness para esperar allí que mejorase el tiempo. Empero el duque de Cumberland, sabedor del estado en que se hallaba el Príncipe, sale de Edimburgo, vadea el Spee y marcha directamente hácia Inverness, resuelto á dar una batalla decisiva. El egército de Eduardo era el mismo que en Falkirk; Cumberland contaba con

mas y mas el ánimo de los escoceses y á contrarestar la proclama del parlamento. Recuerda en él los bienes y la consideracion que habia gozado la Gran-Bretaña bajo el cetro de sus antiguos legitimos Príncipes, y los contrapone al estado en que se hallaban aquellos reinos desde que ocupó su trono el elector de Hanover, á quien da los titulos de usurpador, déspota y sucesor de Cromwel. Representa á los ingleses que habian venido á ser tributarios de Alemania, y que dejándoles Jorge las piedras de sus montes, les arrebatava el oro de la India y de América para enriquecer á los hanoverianos. Al hacer mencion del edicto del parlamento contra su persona, despues de pintarle con los colores mas negros, lo desprecia altamente, y dice que se tiene á menos usar de represalias como le seria muy fácil, pues no quiere escitar á los ingleses al crimen y á la infamia sino al honor y á la virtud.

A este manifesto sucedieron las operaciones. Algunas compañías de un regimiento que se hallaba en las cercanías de Edimburgo, arrójanse repentinamente sobre el corto seguimiento del Príncipe y quedan enteramente destrozadas. Treinta montañeses hacen prisioneros á ochenta ingleses con sus oficiales y todo su bagage. Esta primera victoria aumenta el valor y la esperanza y atrae de todas partes nuevos soldados. Para conciliarse el amor de sus pueblos y de su tropa caminaba siempre el Príncipe á pie al frente de sus montañeses, vestia lo mismo que ellos, comia en sus propios ranchos y dormia sobre la dura tierra envuelto con su capa. Con la nueva gente que se iba reuniendo todos los dias de las varias

tribus de los montes circunvecinos, principió á formarse un verdadero egército, á quien Lord Macdonal, nombrado general en gefe, distribuyó banderas y estandartes en que se veia escrito el siguiente lema: *Tandem triumphans*. Marchando con este egército desde Lochabyr por las provincias de Albania, Banedoch, Athole y Perthshire, se apodera de Perth, ciudad considerable de Escocia donde se coronaban antiguamente los Reyes. Presentáronsele allí conduciendo nuevas tropas, y le prestaron juramento de fidelidad, el duque de Perth y el lord Jorge Murray. Una compañía entera de un regimiento escocés al servicio de la córte, desertó de sus banderas y se unió á las tropas de Carlos, como tambien otros muchos señores y gentiles-hombres escoceses. Antes de salir de Perth se hizo proclamar solemnemente el Príncipe lugar-teniente de su padre Jacobo III, y regente de Inglaterra, Escocia é Irlanda, cuya declaracion se leyó y publicó en Roma juntamente con otros escritos en que se invitaba á la nobleza escocés á abrazar el partido de los Stuardos, ofreciéndola tornar las cosas al estado que tenian antes de la union de Escocia á la Inglaterra. Obró desde entonces Carlos Eduardo como regente; mudó la magistratura de las ciudades ocupadas; publicó decretos y leyes; concedió pasaportes á los comerciantes que querian volver á Inglaterra, y llenó todas las funciones propias del carácter real.

71. Despues de la toma de Dundee, Drumond y Neubourg, celebró el Príncipe consejo de guerra para decidir la marcha que se debia emprender; y viendo divididos los pareceres de sus oficiales, dijo que era preciso

ir con derechura á Edimburgo y ocupar la capital de Escocia. Mas ¿cómo esperar apoderarse de aquella ciudad con tan pocas fuerzas y sin un solo cañon? A esta observacion contestó Carlos que tenia adherentes dentro de la ciudad, y que necesitaba presentarse para hacerlos declarar á todos en su favor; y sin perder mas tiempo disuelve el consejo, manda avanzar hácia la capital, llega á sus muros y se apodera de una puerta. El tumulto y la confusion se apodera entonces de la ciudad: quieren unos reconocer al heredero de sus antiguos Reyes, otros se empeñan en sostener el gobierno actual; mas no habiendo éstos sabido que los dragones de Hamilton y de Gradner, y las milicias de Edimburgo habian abandonado su defensa, que no se podia esperar la llegada del ejército de Cope, y que no hallándose la ciudad en estado de resistir, seria indudablemente saqueada, determinaron por último enviar diputados al Príncipe para tratar de capitulacion. El general Guest se retiró al castillo con cuatrocientos soldados de guarnicion, llevando consigo los públicos archivos y los efectos de los mas ricos ciudadanos; y entonces se le abrieron las puertas de la ciudad al Príncipe, quien hizo su entrada en el palacio real vestido á la montañesa y acompañado de diferentes personajes del país. Su infantería, en número de cinco mil hombres, acampó en los jardines de palacio; mas reuniéndose poco despues los montañeses en la plaza de la ciudad, levantaron una especie de sόlio, vistiéronse algunos en trage de heraldos, y proclamaron al son de sus clarines á Jacobo III, Rey de Escocia, Inglaterra é Irlanda, publicando juntamente la declaracion

del acta de regencia con la data de Roma de 23 de Diciembre de 1743.

72. No pensó ya el Príncipe Eduardo sino en aprovecharse de este primer ardor de su partido; y así sin dejarle tiempo para que se enfriase, creyó que podia y debia aventurar una batalla. En efecto, informado de que avanzaba contra Edimburgo el general Cope con una division de tropas regulares, que se reunian milicias, que se ponian en movimiento los regimientos de Inglaterra, que se llamaban otros de los Países-Bajos y que por lo mismo no debia perder ni un solo instante, salió de la capital de Escocia sin dejar guarnicion, y con solos tres mil montañeses marchó en busca del ejército inglés que contaba mas de cuatro mil hombres. Apenas le avistó el Preston-plans, distante siete millas de Edimburgo, dispone su pequeño cuerpo en órden de batalla entregando al duque de Perth el mando del ala derecha y el de la izquierda al lord Murray. Estaba tan persuadido Carlos Eduardo de que vencería, que habiendo observado antes de acometer un estrecho paso por donde podian retirarse los enemigos, mandó á quinientos montañeses que lo ocupasen para impedir la fuga. Pónese luego á la cabeza de los suyos, saca su espada, y arrojando lejos de sí la vaina, dice: *amigos no volveré á meter esta espada en su lugar, sino cuando seais libres y felices*. Al oír estas palabras acometen los montañeses al enemigo, echan de sí los fusiles despues de la primer descarga, y cubriéndose las cabezas con sus escudos se precipitan desordenadamente puñal en mano sobre la caballería é infantería inglesa. Este ímpetu feróz llenó